

da soledad, para recibir en ella la corona de justicia que Dios tenia reservada á sus méritos.

Transportáos al pobre lecho en que Antonio, como otro Jacob rodeado de sus hijos, los bendice con toda la efusión de su grande alma. Los exhorta á la perseverancia en la virtud, los consuela y les dice: Quedáos con Dios, hijos míos, porque vuestro Antonio se os va, y no estará mas en esta vida con vosotros. Dicho esto entregó en dulce paz su espíritu al Señor, y acompañado de los ángeles subió á las moradas eternas de la gloria.

Qué os parece de esta muerte? Fué preciosa á la verdad como habia sido su vida. Ella fué, como lo habéis visto, el modelo mas perfecto para arreglar nuestra conducta, puesto que siguiendo los ejemplos del grande Antonio, aborreceremos el pecado, dejaremos los vicios, venceremos las pasiones, triunfaremos de los enemigos de nuestras almas, y practicaremos las virtudes. En hora buena que no debamos dejar al mundo, ni estemos obligados á ir á pasar la vida en los desiertos; pero podemos reprimir nuestras pasiones, tener el retiro de nuestro corazon aunque sea en medio del bullicio de las gentes, combatir á nuestros enemigos, acreditar el celo de nuestra fe contra los que de mil modos y maneras la contradicen en estos tiempos calamitosos, y ejercer la caridad, que es la suma de toda la perfeccion cristiana. Hagámoslo así.

Y vos, héroe glorioso de la religion, que despues de haber vencido al mundo, al demonio y á la carne, salisteis lleno de virtudes de este valle de lágrimas y subisteis triunfante á los cielos: no permitáis que los que tanto nos interesamos en celebrar vuestros triunfos, nos veamos llenos de ignominia al lado de las furias infernales. Que no perdamos las sillas que nos están preparadas: que vayamos á ocuparlas ayudados por vuestra intercesion: que os acompañemos eternamente en la gloria. Amen.

SERMON

PARA EL DIA

DE SAN ANTONIO ABAD.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

*Beati servi illi quos cum venerit Dominus
invenerit vigilantes.*

Bienaventurados aquellos siervos que cuando
viniere su Señor fueren encontrados vigi-
lantes.

S. Lucas, c. 12. v. 37.

En la mayor parte de los pueblos de alguna consideracion que existen en nuestra república, se están tributando obsequios á la memoria de san Antonio Abad en este dia, considerando uno de los mas propicios y eficaces intercesores para la conservacion de los bienes del labrador, cuyo trabajo produce el alimento de todas las clases de la sociedad.

Este suceso hacia por sí solo el elogio de un varon tan virtuoso y amante de Dios como san Antonio, si en los hechos de su vida no nos diera motivos mayores para hacer resonar sus alabanzas en las bóvedas de este templo, y aún en las de toda la cristiandad.

Al proponerme yo llenar el deber de hablar dignamente de san Antonio, encuentro no obstante graves obstáculos, que provienen de vosotros, amados oyentes, y de mí. De vosotros porque no os veo reunidos ante el ara en que se quema incienso á Dios y á sus santos, movidos de un espíritu religioso y de piedad; y de mí, porque no tengo los dotes de sabiduría, elocuencia y virtud que se necesitan para hablar de un santo tan lleno de virtudes y tan amado de Dios.

Vosotros atraídos la mayor parte por seguir la corriente de

los que vienen por devocion, ó estimulados de conseguir la proteccion de san Antonio, en todo pensáis ménos que en el honor que debe dársele en el aniversario de su muerte, acudiendo al templo con ánimo de conocer sus virtudes é imitarlas.

En este estado, en la situacion que se encuentran vuestros ánimos llenos de deseos mundanos y de vanidad, ¿qué puedo yo decir que sea bien escuchado? El lenguaje de la virtud es para el vicioso como el idioma extranjero para aquel que no ha conocido ni oído mas que la lengua patria: y bien conocéis lo léjos que estaria de mover el ánimo de sus oyentes aquel que no fuese comprendido por los que le escucharan.

Teniendo vuestro entendimiento ocupado en la contemplacion y vista de objetos mundanos, ¿cómo podrian ser bien recibidas las alabanzas de un san Antonio, que despreció el mundo, sus pompas y vanidades por su Dios?

Yo deseara ántes de entrar de lleno en las alabanzas de san Antonio, que todos aquellos que se hallan reunidos ante su altar con el objeto de hacer de esta festividad un medio de distraccion, eligieran entre abandonar el templo ó mudar sus malos pensamientos, convirtiéndolos á objetos mas dignos y piadosos, para que el obsequio que se tributa á san Antonio en el dia de hoy le fuese agradable y le dispusiese á ser nuestro eficaz protector.

Y no creáis que al aconsejar y aún conminar á los malos cristianos á optar entre la alternativa de abandonar el templo, que profanan con malos pensamientos, ó convertir estos en otros mejores y mas conformes al lugar en que se está, me mueve un impulso contrario á la caridad cristiana, que nos manda hacer bien hasta á los malos por amor de Dios, no: tal pensamiento seria ajeno de san Antonio y no seria conforme al objeto que yo me propongo. Me mueven otras miras que creo conveniente manifestaros.

Los hombres, por alto que sea nuestro saber, no podemos concebir otros modos de hacer obsequio aún al mismo Dios, que conociendo lo que puede ser agradable á quien se dirige; y por esta razon yo, que deseo que esta festividad sirva á conseguir la proteccion de san Antonio, quisiera que fuese celebrada por fieles codiciosos de imitarle y amantes de la virtud.

¿Qué es lo que hacemos generalmente cuando queremos obsequiar á un amigo ó á una persona considerada? Para ello trae-

mos á su presencia aquellas personas que le son adictas, y que por esta razon su vista les sea lisonjera.

¿Por qué pues yo que deseo hablar en obsequio de san Antonio, no he de desear que cuantos estén aquí sean sus amigos y siervos de Dios, como lo fué él, y que aquellos que no lo son traten de serlo ó se separen del templo?

Ved, amados oyentes, como explicado mi pensamiento no aparece en él falta de caridad, sino espíritu de caridad, para que en la comunicacion de méritos de las almas virtuosas, Dios encuentre abundante gracia que prodigar á los que las necesitamos por medio de san Antonio.

Si vosotros oís con ánimo de imitar á san Antonio, ¿no podré tambien suplir vuestro deseo á la falta de expresion que yo dé á mi discurso, por carecer de aquellos dotes que Dios concede, y que el hombre no consigue por sola su voluntad?

Yo imploraré su favor: yo, su sacerdote, para hablar dignamente de las virtudes de san Antonio, buscaré su intercesion, y mas que la suya la de la misericordiosa Reina de los cielos, cuya bondad y beatitud reconocen las generaciones, saludándola con el ángel, diciendo: *Ave Maria*.

Si escucháramos las frecuentes quejas que los hombres hacen de sus desgracias, y los lamentos que con este motivo dirigen al cielo acusando al mundo de engañoso y perverso, y no viéramos que estas se reducen solo á meras palabras, nos llegaríamos á persuadir, que huir del mundo, renunciar á sus bienes terrenos y á sus pecaminosos estímulos, no tenia ningun mérito á los ojos de Dios; y que el hombre debia marcharse á los desiertos, para evitar el desagrado que causa la vista de tantas maldades y miserias como presenciarnos.

Pocos hay que en el discurso de su vida, por corta que sea, no exclamen: estoy desengañado del mundo: cada placer que disfruto me cuesta inmensos sinsabores: cada beneficio que hago es recompensado por una ingratitude: mis sacrificios son despreciados y desatendidos: cuando tengo hambre, carezco de los medios de satisfacerla: cuando poseo riquezas, no tengo salud ni apetito: á donde quiera que tiendo la vista encuentro ó miserables pordioseros, ó enemigos que se lanzan sobre sus

hermanos para destruirlos; y alguna vez con el abrazo de amigo va mezclado el deseo de propinar un veneno ¿Quién desea vivir en tan detestable situación? ¿Quién no prefiere la muerte á la vida angustiosa de ver siempre miserias?

Por este estilo hablamos siempre que un dolor ó un pesar nos afecta de una manera sensible, y tenemos el corazón herido por las malas acciones de nuestros hermanos; pero ¿qué consecuencia damos á estos impulsos de nuestra conciencia herida? ¿Qué utilidad sacamos de los desengaños?

¿Vamos, convencidos de las vanidades del mundo, á proponernos seguir un nuevo plan de vida que nos vuelva á Dios, quien no compensa con ingratitudes nuestros afanes y sacrificios? Así debíamos obrar: esta es la consecuencia natural que debiera sacar un alma verdaderamente ilustrada, de la esperanza que le dan los desengaños del mundo; y por esto principió su vida san Antonio Abad en la edad en que todos los hombres, en lugar de escuchar la voz de la razón, corren ciegos á la satisfacción de sus pasiones, estimulados por los impulsos de su sangre joven, como lo veréis á la simple exposición de las primeras acciones de su vida.

Nació san Antonio Abad en Como, población de corta consideración en el alto Egipto, de una familia distinguida por sus riquezas y nobleza, y á lo mejor de su vida quedó huérfano con una hermana de cortos años. La conducta en este caso de la mayor parte de los jóvenes, ya vemos cual es. Poseyendo riquezas que faciliten la satisfacción de sus deseos, pronto desaparece en sus manos el fruto de los afanes de sus laboriosos ascendientes, y poco se cuidan del destino desgraciado, que tal conducta puede traer á aquellas personas de quienes quede encargado por deberes naturales y religiosos.

Puesta una fortuna considerable en las manos de la mayor parte de los jóvenes que hoy viven, á pesar de tener una ó mas hermanas á su cuidado, ¿se detendrían en los límites de los deberes naturales y religiosos? ¿Cuidarían de asegurar la posición de su hermana de una manera conveniente en cuanto á la parte material y moral; material consignando intereses suficientes para su subsistencia, y moral poniéndola al lado de personas que enriqueciesen su alma con la ilustración religiosa que conviene á su salvación? De temer era que no sucediese así en lo general, aunque alguno lo hiciese por estar, como san Anto-

nio, educado en el santo temor de Dios y en el conocimiento de sus deberes.

Peró no fueron estas solamente las acciones buenas de san Antonio. Dispuesto á llegar á la perfección en cuanto sus fuerzas alcanzaren, al ver escrito en el Evangelio aquellas palabras que Jesucristo dijo á un joven rico que le consultó los medios de ser bueno: « Si quieres ser perfecto, vé, vende todo lo que tienes y hallarás un tesoro en el cielo, » se decidió á cumplir este consejo, que no se atrevió á seguir aquel que hizo la demanda á nuestro Salvador y Redentor.

Estas palabras tomadas por nuestro santo como una inspiración divina, fueron las que decidieron la ulterior conducta de su vida; y con este fin, depositado lo suficiente para la subsistencia de su hermana, colocada esta al lado de personas de su sexo, conocidas por sus virtudes, distribuyó su herencia entre los pobres; se retiró á vivir en la vida austera y contemplativa, la mas perfecta á que pueden aspirar las criaturas, y la que las hace mas semejantes á los seres celestiales, que en éxtasis divinos gozan de la contemplación del maravilloso ser que todo lo ha criado.

Para apreciar debidamente esta abnegación de sí mismo que hizo san Antonio, tenemos un medio eficaz. Las acciones de los hombres son mas relevantes y mas estimadas, cuando teniendo un fin bueno, reúnen la circunstancia de ser difíciles y poco comunes: por esta razón son célebres aquellas personas que con un esfuerzo extraordinario se arrojan á cometerlas. Tratando pues de haceros conocer la grandeza de alma de san Antonio ¿qué necesidad hay de buscar frases retóricas é hipérboles. cuando la simple exposición de este hecho basta para acreditar el alma privilegiada de nuestro santo, como dotada de una virtud singular?

Ha habido algunos, como él, que en otro tiempo han hecho lo mismo, como vemos en la historia religiosa de los héroes de la Iglesia; y bajo este punto de vista tendria comparaciones: pero al presente que tanto ha crecido la codicia, y tan escasa es la fe en las promesas de Jesucristo, crece la belleza de un ejemplo de virtud como el que nos ofrece san Antonio; porque si como os dije al principio de mi discurso, hay muchos que se quejan de las maldades del mundo, y ponderan las miserias y fealdades de él, ninguno hay que sepa desprenderse de sus se-

ducciones, y siga el consejo de Jesucristo, y vendiendo sus bienes, los dé á los pobres para irse á un desierto á pensar en la vida eterna.

No creáis que yo os digo, amados oyentes, que todos hagáis lo que san Antonio, porque para aspirar á poseer sus esfuerzos, se necesita un alma no comun; pero ¿por qué no habéis de procurar acercaros en lo posible á sus virtudes?

Si no todos pueden aspirar á ser héroes, á todos es dado el ser buenos: y la Iglesia y su fundador se regocijarían en que fuesen buenos los miembros que la componen.

Pero sigamos á nuestro san Antonio, cuya alma probada como la de Job con persecuciones del demonio, sufrió en el retiro los mas rudos ataques, saliendo siempre pura y triunfante. Alguna vez habréis estado en soledad, despues de haber hecho un sacrificio costoso de vuestros bienes y de vuestros afectos; porque en nuestra vida hay intervalos en que obramos bien: y entónces ¿habréis observado que por una instigacion maléfica acuden con mas viveza á vuestra imaginacion las ideas de todos los placeres y bienes abandonados? Pues esto es lo que sucedió á san Antonio, cuando retirado en el desierto vestía su cuerpo de un áspero cilicio y sepultaba su juventud en una caverna de las montañas de Egipto.

Pero en san Antonio los ataques no eran esas sugestiones comunes que se aniquilan con el menor buen deseo; eran mas terribles, porque Dios, seguro de su fortaleza, quiso enseñar al demonio que nada pueden sus esfuerzos contra los elegidos del Señor.

Ya presentaba á nuestro santo la circunstancia de su hermana abandonada y expuesta á ser víctima de su resolucion; ya le ponía delante los infinitos bienes que podia hacer en el mundo un hombre benéfico con sus riquezas y con la consideracion social que le daba su nobleza; y tambien bajo los ardores de un clima caluroso, le enseñaba la imágen de las mas voluptuosas escenas, provocándole á la satisfaccion de las malas pasiones.

Pero todos estos elementos conjurados contra su virtud y santidad cedían á la fuerza de su voluntad, y á las mortificaciones con que castigaba la rebelion de su carne estimulada por el demonio. Este siempre vencido, hubo de ceder en su persecucion contra un rival tan vigilante, que nunca pudo sorpren-

der, y entónces lleno de divina gracia, henchido el corazon de alegría, gozó los beneficios de la vida contemplativa, que los tiene grandes para aquel que como san Antonio ha poseído un conocimiento exacto de Dios, y ha recibido la gracia de identificarse con él en sus meditaciones.

Obtenido con inauditos esfuerzos por nuestro santo ese estado de amable virtud, que llegan á poseer todos los que dejan de temer en este mundo, y con inaudita caridad hacen bien y muestran risueño semblante á los amigos y enemigos, llegó á ser buscado por sus contemporáneos, persuadidos de que era amado de Dios, y que por su intercesion conseguirían tenerle propicio.

Él, lleno de modestia, huía la presencia y los respetos que le prodigaban todos los que por casualidad le habían visto y tenían noticia de sus virtudes; pero los amantes de la Religion, los que querían ver triunfante la Iglesia de Jesucristo, conociendo lo útil que era á su triunfo poner en combate contra los herejes y gentiles á un varon como san Antonio, le buscaron con exquisita solicitud; le expusieron las necesidades de la Iglesia y la convencion de que haría mas servicios á Dios combatiendo á sus enemigos, que no pasando una vida, que solo para él era provechosa en el desierto.

La Iglesia de Jesucristo estaba trabajada por los escándalos de la secta arriana, que penetrando en el ánimo de algunos obispos, estos la habían llevado triunfante al palacio de Constantino, que variando de parecer á cada paso, ya en pro, ya en contra de los cristianos ortodoxos, aumentó la audacia de los herejes y dió motivo á graves escándalos, contrarios al verdadero espíritu de la religion de Jesucristo enseñado en una caridad sin límites.

San Antonio, en vista de los males que iba á padecer la Iglesia, y que había peligros que correr en defensa de la ley de Jesucristo, se decide á sufrir hasta el martirio por sacar triunfante la religion de su Dios; no de otro modo que el bravo capitán que, al oír los estruendos de la guerra, ansía el momento de vestir la cota, enristrar la lanza y triunfar de sus enemigos.

Á la presencia de san Antonio entre las gentes, el aspecto venerable y tranquilo que tenía y la fama que le precedía de sus austeridades y penitencias, le atraieron un respeto universal de sus contemporáneos. Todos los hombres, ya de una sec-